Mi diario político —11—

Asdrúbal Romero

Sábado 7 de noviembre de 2026

A raíz de la reprimenda electoral que recibió Trump por parte del electorado estadounidense, publiqué en X un tuit expresando mi satisfacción por el resultado. Esto me valió varias discusiones con queridos amigos en distintos chats: me dijeron desde malagradecido hasta chavista. Tanta fue la molestia que, para convencerlos de que mi alegría no se debía a un «antitrumpismo» visceral, reconocí un hecho que hoy me produce vergüenza admitir. A mis amigos despechados les dije: «Si hubiera sido elector en el proceso que llevó a Trump a la Presidencia, habría votado por él».

¡Es absolutamente cierto! La administración Biden había maltratado demasiado a los venezolanos comprometidos con un cambio en el país; el episodio de la liberación de Alex Saab fue particularmente amargo para mí —recuerdo haber escrito el 24/12/2023 un texto titulado «Decepcionante USA»[i]—. No obstante, mi inclinación hacia un candidato de personalidad tosca y polarizante estaba motivada por razones que superaban la causa venezolana. Habría asumido mi hipotético voto por Trump como una reacción necesaria frente a la deriva ideológica de los demócratas.

Para millones de familias americanas, el verdadero extremismo no residía en las formas del republicano, sino en la intromisión del dogma *woke* en las escuelas y en el intento de imponer una ingeniería social que vulneraba la patria potestad. El Partido Demócrata se fue alejando del tradicional y más pragmático centro político. En una progresiva pérdida de rumbo, permitió el secuestro de la agenda pública por parte de un progresismo identitario que se percibió como un extremismo mucho más peligroso por su pretensión de modificar las raíces culturales de la sociedad estadounidense.

Cuando el Estado pretende desplazar a los padres en la formación moral de sus hijos bajo el paraguas del pensamiento único, el votante medio busca la protección de un defensor resuelto que no tema desafiar el consenso mediático y cultural que el extremismo demócrata pretende imponer. Esta afirmación es clave, porque la victoria electoral de Donald Trump no se puede entender sin valorar debidamente el agotamiento de una

sociedad frente a los excesos del progresismo identitario. Ante el pretendido tutelaje moral de las élites progresistas, muchos electores vieron en Trump un escudo pragmático, un contrapeso rudo pero indispensable para frenar el asalto cultural a la institución familiar. Yo también habría sido parte de esa ola. Los demócratas fueron los grandes responsables de que un personaje tan complicado como Trump llegara a la Casa Blanca.

¿Será que después del reciente tsunami azul volvamos a ser testigos de un regreso hacia el extremismo progresista? El problema es que este penduleo de un extremismo al otro, en oscilaciones sucesivas, no es bueno para la democracia. Yo comentaba en un chat de exalumnos —en el que también se produjo un episodio de dialéctica política— que quienes hemos estudiado el comportamiento dinámico de los sistemas sabemos bien que el exceso de acción correctora en ambos sentidos genera comportamientos oscilatorios. Esto es ingeniería básica en cualquier sistema de control elemental de una sola variable y también se cumple en los más complejos y multivariables sistemas políticos.

En la actualidad, el problema de mayor gravedad en las democracias occidentales —ya sea en Estados Unidos, en el Brasil posbolsonarista o en la fracturada España actual— es la tendencia a una gobernabilidad de dinámica pendular que condena a las sociedades a una inestabilidad sistémica e insostenible. Vamos de un extremo al opuesto, atrapados en una oscilación destructiva donde cada exceso engendra su contraveneno radical. Millones de ciudadanos votan a la defensiva, no por simpatía doctrinaria, sino para levantar barricadas frente al último extremista, ya sea de derecha o de izquierda. Sin embargo, la democracia no puede sobrevivir eternamente en régimen de trinchera.

En la medida en que los grandes partidos tradicionales abandonaron el sentido común de las mayorías silenciosas para complacer a sus facciones más estridentes, se ha producido un vaciamiento deliberado del centro político, un fenómeno que ha dejado a la sociedad a merced de los fanáticos de uno y otro signo. ¡Urge rescatar el centro político! Esta es la visión con la que me identifico más en el presente. Debemos ser capaces de reconstruir ese espacio común de equilibrio y cordura, no como un ejercicio de tibieza o ambigüedad, sino como un ancla de sensatez institucional.

La democracia necesita volver a ser el territorio para la discusión de enfoques alternativos que resuelvan los distintos problemas societarios, de la búsqueda de acuerdos y consensos productivos entre adversarios, mas no enemigos, y de la producción de reglas compartidas de las que se deriven certezas cotidianas. Rescatar el centro político ya no es

una opción de estilo; es una urgencia de supervivencia civil antes de que el choque ciego de los extremos acabe por fracturar los cimientos de la convivencia.

[i] https://www.asdrubal-romero-blog.com/news/decepcionante-usa